

HEGEMONÍA Y LA APUESTA DE LA DEMOCRACIA

Chantal Mouffe

University of Westminster, Londres

mouffec@wmin.ac.uk

(Traducción: Berta Barba y Jeffrey Cedeño)

El desarrollo de los nuevos medios de comunicación y la presencia avasalladora de los medios en todos los campos de la vida, representa un desafío para la política democrática. En esta presentación quiero argumentar que este desafío solamente puede ser comprendido al descartar la perspectiva racionalista dominante en el pensamiento político democrático-liberal. En efecto, esta perspectiva impide que reconozcamos la naturaleza de la lucha política y la centralidad de los símbolos en la construcción de las identidades políticas. Nuevas identidades políticas están siendo creadas constantemente y no hay duda de que los medios tienen un papel muy importante en la difusión de estas identidades.

Desde una perspectiva teórica, la presente situación subraya la completa irrelevancia de la aproximación racionalista a la política y la importancia de la llamada "crítica post-moderna". Necesitamos entender que, a pesar de lo que autores como Habermas pretenden, la crítica del racionalismo ilustrado no constituye una amenaza al proyecto democrático moderno. Por el contrario, solamente teniendo en cuenta tal crítica es posible defender y ampliar las instituciones democráticas. Sí hoy en día existe algo que pone en peligro la democracia

Este artículo resume el proyecto teórico asociado con el trabajo tanto de la autora como de Ernesto Laclau. Argumenta que lo que identifica como el paradigma "objetivista" en las Ciencias Sociales jamás podrá dar cuenta de las lógicas de la constitución de lo social. Desde este punto de partida, propone una alternativa a la perspectiva racionalista sobre lo político, al sugerir que antes de preocuparse por la búsqueda del consenso, la política democrática necesita aceptar lo inevitable del antagonismo y buscar transformarlo en un *agonismo*, una comprensión de la naturaleza necesariamente conflictiva de lo político que, no obstante, reconoce el derecho del enemigo a existir. Tal acercamiento se acompaña mejor con la democracia pluralista que

Recepción: 17 de febrero de 2007
Aceptación: 26 de marzo de 2007

C. Mouffe. Hegemonía y la apuesta de la democracia.
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 15-23

es, precisamente, la aproximación racionalista porque es ciega a la naturaleza de la política y niega el papel importante que las pasiones tienen en el campo de la política. Solamente al perfilar todas las implicaciones de la crítica al esencialismo, es posible entender el proceso de construcción de identidades políticas colectivas y su modo de articulación discursiva.

La cuestión de la identidad

Mi propuesta es que mientras el racionalismo siempre ha constituido un obstáculo para entender la naturaleza de lo político, en la era de los *mass media* sus limitaciones nos impiden entender las profundas transformaciones que tienen lugar en el campo político. Hoy en día, somos testigos de una profunda transformación de las fronteras políticas que habían existido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y las dinámicas de estas transformaciones sólo pueden ser entendidas por una teoría política capaz de comprender las diferentes formas en las cuales la subjetividad es construida discursivamente. De ahí la importancia fundamental para la teoría política democrática de incorporar la crítica del racionalismo que ha caracterizado las corrientes más innovadoras del pensamiento del siglo XX.

Uno de los avances fundamentales de esta crítica ha sido el quiebre de la categoría del sujeto como una entidad racional transparente que, al ser la fuente de sus acciones, puede imponer un significado homogéneo en todo el espectro de su conducta. El psicoanálisis ha mostrado que, lejos de estar organizado alrededor de la transparencia de un

el racionalismo liberal, condenado por sus propias premisas a ser tanto esencialista como excluyente.

Palabras clave: Hegemonía, Estado, partidos políticos, sociedad, individuo, intelectual.

Hegemony and the Stakes for Democracy

This article summarizes the theoretical project that has come to be associated with the work of both the author and Ernesto Laclau. It argues that what it identifies as the "objectivist" paradigm of the social sciences can never account for the logics of the constitution of the social. From that starting point, it goes on to propose an alternative to a rationalist perspective on the political, suggesting that rather than focus on the search for consensus, democratic politics needs to accept that antagonism is inevitable and attempt to transform it into an agonism, an understanding of the adversarial nature of the political which nonetheless accepts the enemy's right to exist. Such an approach is better suited to a pluralistic

ego, la personalidad está estructurada en una serie de niveles que existen fuera de la conciencia y de la racionalidad de los agentes. La afirmación central de Freud es que la psiquis humana está dividida necesariamente en dos sistemas, uno de los cuales no es ni puede ser consciente. El autodomínio del sujeto —un tema central en la filosofía moderna— es precisamente lo que según Freud nunca puede ser alcanzado. Siguiendo a Freud y expandiendo su perspectiva, Lacan mostró la pluralidad de los registros —lo Simbólico, lo Real y lo Imaginario— que penetran cualquier identidad, y el lugar del sujeto como el lugar del vacío, el cual, aunque representado dentro de esta estructura, es el vacío que, al mismo tiempo que subvierte, es la condición para la constitución de cualquier identidad. La historia del sujeto es la historia de sus identificaciones y no hay una identidad oculta que deba ser rescatada. Debido a esta falta de identidad, el sujeto siempre tratará de llenar su vacío constitutivo a través de la identificación, identificándose con lo que Lacan llama “significante maestro”. Solo de esta manera puede asegurarse su lugar en la red simbólica. Existe, por lo tanto, un doble movimiento. Por un lado, un movimiento de descentralización que previene la fijación de una serie de posiciones alrededor de un punto preconstituido. Por el otro lado, y como resultado de esta fijación no esencial, el movimiento opuesto: la institución de puntos nodales, fijaciones parciales, que limita el cambio continuo del significado bajo el significante. Pero las dialécticas de la no-fijación/ fijación son posibles solamente porque la fijación no está preestablecida, porque ningún centro de subjetividad precede las identificaciones del sujeto.

democracy than liberal rationalism, which inevitably ends up as both essentialising and exclusionary.

Key words: Hegemony, State, Political Parties, Society, Intellectual.

C. Mouffe. Hegemonía y la apuesta de la democracia.
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 15-23

Aquí, solamente puedo referirme a ciertos aspectos de esta crítica del racionalismo pero es claro que puede tomar muchas otras formas. Por ejemplo, en la filosofía del lenguaje del segundo Wittgenstein, también encontramos una crítica a la concepción racionalista del sujeto que indica que este último no puede ser la fuente de significados lingüísticos, puesto que es a través de su participación en diferentes juegos lingüísticos que el mundo se nos revela. Encontramos la misma idea en la hermenéutica filosófica de Gadamer, en la tesis de que existe una unidad fundamental entre el pensamiento, el lenguaje y el mundo, y que es dentro del lenguaje que se constituye el horizonte de nuestro presente. Una crítica similar a la centralidad del sujeto en la metafísica moderna y a su carácter unitario puede encontrarse de diversas formas en diferentes autores, desde la tradición del pragmatismo americano. Entonces podemos afirmar que esta crítica constituye uno de los puntos de convergencia dentro de las tendencias filosóficas contemporáneas más importantes.

Crítica al racionalismo y la política

Las consecuencias de la crítica a la concepción racionalista de la política se han vuelto particularmente relevantes cuando tal crítica está articulada con la concepción gramsciana de hegemonía, tal como tratamos de hacerlo en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985). Una de las tesis más importantes del libro es que la objetividad social está constituida por actos de poder. Esto significa que cualquier objetividad social es en última instancia política y que debe mostrar los trazos de la exclusión que gobierna esta constitución; que hemos llamado, siguiendo a Derrida, “el afuera constitutivo”. Al afirmar que un objeto ha inscrito en su yo otra cosa diferente a sí mismo y que, como resultado, todo es construido como *diferencia*, la noción del “afuera constitutivo” revela que el ser no puede ser concebido como una “presencia” u “objetividad” pura. Esto es realmente decisivo. Porque si el “afuera constitutivo” está presente dentro del “interior”, como es siempre su posibilidad real, en este caso el “interior” se convierte en un acuerdo contingente y reversible (en otras palabras, el arreglo hegemónico no puede reclamar ninguna otra fuente de validez que la base de poder en la que está fundado). El punto de convergencia —o más bien de colapso mutuo— entre la objetividad y el poder es lo que llamamos “hegemonía”. Esta forma de plantear el problema indica que el poder no puede ser concebido como una re-

lación externa que tiene lugar entre dos entidades preconstituidas, sino más bien como constituyendo las identidades mismas. La estructura de la mera posibilidad de cualquier orden objetivo, la cual es revelada por su misma naturaleza hegemónica, se muestra en las formas asumidas por la *subversión* de un signo (por ejemplo: la relación significado/ significante). Por ejemplo, el significado “democracia” es muy diferente cuando está fijado a cierto significante en un discurso que lo articula a “anti-comunismo” que cuando está fijado a otro significante en un discurso que lo hace el centro de toda la lucha contra la opresión. Como no hay un terreno en común entre estas dos articulaciones conflictivas, no hay una forma de subsumirlos dentro de una objetividad profunda la cual podría revelar su pura y real esencia.

Estas consideraciones tienen implicaciones de largo alcance para la teoría política y explican por qué las lógicas de la constitución de lo social no pueden ser entendidas dentro del objetivismo y el esencialismo dominante en las ciencias sociales y el pensamiento liberal. Las consecuencias para la política son particularmente pertinentes en lo que concierne al proceso de construcción de identidades políticas. Por ejemplo, de acuerdo a esta perspectiva, la práctica política en una sociedad democrática no consiste en defender los derechos de las identidades preconstituidas, sino más bien consiste en constituir esas identidades en un terreno siempre precario y vulnerable. Esto muestra que lo que se entiende por “sentido común” en un momento dado es siempre el resultado de articulaciones hegemónicas; por ejemplo, el establecimiento de puntos nodales que fijan parcialmente el significado en la cadena significativa. Esos intentos por detener el flujo de las diferencias y construir un centro son siempre precarios e inestables porque tienen lugar en un campo entrecruzado por antagonismos. De ahí que siempre exista la posibilidad de subvertir el orden creado por un discurso particular al desarticular sus elementos y al establecer otro modo de articulación. De hecho, esto es lo que está pasando hoy en día con respecto a la relación que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, ha sido establecida entre democracia, comunismo y fascismo. Las fronteras tradicionales han colapsado y estamos siendo testigos de diferentes intentos de articulación. Con el desarrollo de los medios de comunicación, esta crítica al esencialismo se ha vuelto crucial para imaginarse la política democrática porque el creciente papel de los medios ha creado un amplio terreno para la lucha hegemónica.

C. Mouffe. Hegemonía y la apuesta de la democracia.
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 15-23

Al limitarse a los llamados de la razón, moderación y consenso, muchos partidos democráticos muestran su falta de comprensión del funcionamiento de las lógicas de la política. No entienden la necesidad de confrontar a sus adversarios movilizándolo afectos y pasiones en una dirección progresiva. Lo que no entienden es que la política democrática necesita tener un verdadero atractivo para los deseos y fantasías de las personas y que, en lugar de oponer intereses a sentimientos y razones a pasiones, debe ofrecer principios de identificación que representen un desafío real a aquellos promovidos por el derecho. Esto no quiere decir que la razón y la argumentación racional deben desaparecer de la política, sino que su papel debe ser repensado. Por ejemplo, la oposición estéril entre la retórica y la lógica debe ser descartada a favor de una nueva concepción de la argumentación que tome en cuenta las prácticas articularias hegemónicas naturales.

Una vez que se está de acuerdo con que las identidades no están dadas previamente y que lo que se entiende por “identidad” es siempre el resultado de un proceso de identificación —proceso que tiene lugar a través de múltiples discursos—, la lucha por la hegemonía aparece en toda su complejidad. De hecho, coincide con el campo de la “cultura” en todas sus diversas manifestaciones desde las “más altas” hasta las “más bajas”. Es a través de prácticas culturales que las formas simbólicas de identificación son elaboradas y con el increíble desarrollo de los medios, están ahora ampliamente disponibles. El terreno para la articulación hegemónica se ha ensanchado y las tareas de la política se han vuelto mucho más complejas. Para estar seguros, la hegemonía siempre ha sido crucial en la política democrática, pero sus condiciones de ejercicio se han transformado profundamente gracias a la presente proliferación de los lugares de identificación y el crecimiento de los medios de comunicación. Las dos condiciones de la articulación hegemónica son la presencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras que las separan; requiere la presencia de un área vasta de elementos flotantes y la posibilidad de su articulación en campos opuestos. Esto, sin embargo, es precisamente lo que es impensable dentro del modo racionalista de pensamiento, que se basa en la ontología implícita que considera que el estar bajo el orden de presencia e imagina la objetividad como pertenecientes a los objetos en sí.

Por un pluralismo agonístico

Con el propósito de delinear una alternativa a la aproximación racionalista, he propuesto distinguir entre “lo político” y “la política”. Por “lo político”, me refiero a la dimensión de hostilidad y antagonismo que es una posibilidad siempre presente en toda sociedad humana, el antagonismo que puede tomar muchas formas diferentes y emerge en diversas relaciones sociales. “La política”, por otro lado, se refiere al conjunto de prácticas, discursos e instituciones que buscan establecer un cierto orden y organizar la coexistencia humana en condiciones que siempre son potencialmente conflictivas porque están afectadas por la dimensión de “lo político”. Esta concepción que trata de mantener juntos los dos significados de “polemos” y “polis” que están presentes en la idea de política es, creo, crucial para la política democrática. De hecho, solamente cuando reconocemos esta dimensión de “lo político” y comprendemos que “la política” consiste en la domesticación de la hostilidad y en tratar de minar el potencial antagonismo que existe en las relaciones humanas es que podemos poseer lo que considero una cuestión fundamental para la política democrática. Esta cuestión no es, contrario a lo que los racionalistas afirman, cómo llegar a un consenso racional alcanzado sin exclusión alguna, o en otras palabras: no consiste en tratar de construir un “nosotros” que probablemente no tendría una correspondencia con “ellos”. Esto es imposible porque la misma condición de constituir un “nosotros” es la demarcación para un “ellos”. Lo que es un problema real es cómo establecer la distinción nosotros/ellos de una manera que sea compatible con la democracia pluralista. En el campo de la política, esto requiere que el “otro” no sea visto como un enemigo para ser destruido, sino como un “adversario” con cuyas ideas vamos a discutir, pero cuyo derecho a defender esas ideas no cuestionamos. Podríamos decir que el propósito de la política democrática es transformar el “antagonismo” en “agonismo”. Visto desde esta perspectiva que he propuesto llamar “pluralismo agonístico”, la tarea principal de la política democrática no es eliminar las pasiones o relegarlas a la esfera privada con el propósito de establecer un consenso racional en la esfera pública. Es dominar esas pasiones movilizándolas hacia los designios democráticos. Es necesario entender que en vez de poner en riesgo la democracia, la confrontación competitiva es de hecho su propia condición de posibilidad. Por cierto, la democracia pluralista

C. Mouffe. Hegemonía y la apuesta de la democracia.
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 15-23

demanda un consenso sobre una serie de principios ético-políticos, pero también clama por la expresión de disenso y por las instituciones a través de las cuales los conflictos puedan ser manifestados. Esta es la razón para que su sobrevivencia dependa de la posibilidad de formar identidades políticas colectivas alrededor de posiciones claramente diferenciadas y la elección entre alternativas reales. Cuando la dinámica agonística del pluralismo es limitada por la falta de identidades democráticas con las cuales identificarse, la base está preparada para varias formas de política articuladas alrededor de identidades esencialistas de nacionalismo, religiosidad o étnicas y para la multiplicación de confrontaciones sobre valores morales no negociables.

Más allá de un intento por borrar las huellas del poder y la exclusión, la política pluralista democrática requiere traerlas a la superficie, hacerlas visibles para que así puedan entrar en el terreno de la contestación. Y el hecho de que esto deba ser imaginado como un proceso sin fin no debe ser causa de desesperación, por el contrario. En una democracia pluralista, divisiones y conflictos no deben ser vistos como perturbaciones que infortunadamente no pueden ser eliminadas o como impedimentos empíricos que hacen imposible la completa realización de un bien constituido por una armonía que no podemos alcanzar porque nunca seremos completamente capaces de coincidir con nuestro ser racional universal. En una política democrática, los conflictos y las confrontaciones, antes que ser signos de imperfección, son las garantías de que la democracia está viva y habitada por el pluralismo.

Esta es la razón por la que deberíamos sospechar de la actual tendencia a celebrar el fin de la política o abogar por la política del consenso, un tercer camino que supuestamente reemplaza la vieja y pasada de moda política de derecha e izquierda. Una democracia que funcione bien clama por un enfrentamiento vibrante de posiciones políticas democráticas. En vez de renunciar a la distinción entre derecha e izquierda por pasada de moda, deberíamos redefinir esas nociones para poder dar un nuevo impulso a la democracia. Los antagonismos pueden tomar diversas formas y es ilusorio creer que pueden ser erradicados. Es por eso mismo que es preferible darles una salida política dentro de un sistema democrático pluralista que ofrezca posibilidades de identificación alrededor de alternativas reales.

Hacer espacio para el disenso y fomentar las instituciones en las cuales puede ser manifestado este disenso es vital para la democracia y

C. Mouffe. Hegemonía y la apuesta de la democracia.
Estudios 16:31 (enero-junio 2008): 15-23

se debería renunciar a la idea misma de que podría venir un tiempo en el que la sociedad esté bien ordenada. Aquí es donde yace la superioridad de la aproximación agonística, la cual reconoce la real naturaleza de las fronteras políticas y las formas de exclusión que ellas conllevan, en vez de tratar de disfrazarlas bajo el velo de la racionalidad o la moral. Al advertirnos sobre la ilusión de que un consenso pleno pueda ser alcanzado, nos fuerza a mantener la contestación democrática viva. Entenderse con la naturaleza hegemónica de las relaciones sociales e identidades, puede contribuir con la subversión de la siempre presente tentación que existe en las democracias a naturalizar sus fronteras y esencializar sus identidades. Puede, por lo tanto, acoger mejor la multiplicidad de voces que una sociedad pluralista envuelve y la complejidad de sus luchas.

Bibliografía

Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1985) *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: F.C.E.